

HOMILÍA VIERNES SANTO 2023

Hoy es viernes santo. Ante lo que celebramos, realmente, sobran las palabras, se quedan cortas y debería imponerse un silencio orante, contemplativo, agradecido.

Murió al atardecer del viernes 14 de nisán, día de la preparación de la Pascua, probablemente (quede como dato curioso) un 7 de abril, como hoy, del año 30, justo cuando los corderos eran sacrificados en el templo para la celebración de la Pascua. Cristo es el verdadero Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

La muerte de Jesús fue la consecuencia de su vida y de su amor y pasión por nosotros. No celebramos un destino fatal, ni un designio cruel, sino un entrañable misterio de amor. Dicen que se muere como se vive, que el sentido que le damos a la muerte es el sentido que le damos a la vida y viceversa. En Jesús, su vivir para y por los demás se tradujo en un morir para y por los demás.

En la cruz, contemplamos, por un lado, el hasta dónde de la crueldad humana; algo que, por desgracia, vemos diariamente en tantos crucificados de la historia, víctimas de la desigualdad, de la injusticia, de la violencia, del egoísmo de la gente, de la guerra... en definitiva, víctimas del pecado del hombre.

También contemplamos en ella el misterio del dolor humano en todas sus formas y facetas. Desgraciadamente, hay demasiado dolor a nuestro alrededor. Y tiene rostro, nombres, apellidos... La cruz del Señor nos recuerda que nadie que sufra está, realmente, solo. Cristo «com-padece» con nosotros para estrechar fuerte nuestra mano, sanar nuestras heridas y abrir en nuestras vidas un horizonte de esperanza. Jamás nos abandona. Es nuestro Cireneo.

Pero, sobre todo, en la cruz contemplamos el hasta dónde del amor de Dios. También me atrevo a decir del amor humano, pues Jesús nos amó y se entregó con amor divino y humano. No hay mayor amor que dar la vida por aquellos a los que se ama.

Gracias a Dios, y de su mano, es mucha la gente que sigue entregando su vida por los demás. Es mucho el amor derrochado. Lo prueban tantas horas junto a la cama de un enfermo, gente que se desvive por sus hijos, sus nietos... sus vecinos; que se deja afectar por lo que sus hermanos padecen a su alrededor. Lo vemos a diario en muchos gestos de solidaridad, denuncia profética, caricias... en tantos hombres y mujeres que hoy generan fraternidad. Hoy Cristo mismo sana, cura y consuela a través nuestro, su Cuerpo, su Iglesia. Afrontemos los momentos duros con la fuerza de la confianza y de la solidaridad.

Por todo ello, no tengamos miedo. No hay paridad entre las primeras cruces (las de la violencia y del dolor) y las segundas (la de quien por amor entrega su vida). Estas últimas son siempre semillas de vida y de esperanza.

Queridos hermanos, hemos sido amados y seguimos siendo amados sin medida. Esta tarde os invito, sencillamente, a agradecer tanto amor y a abrazarnos al leño de la cruz, para dejarnos ayudar por Cristo en nuestras cruces y dejar que sus heridas son sanen, para ayudar a Cristo a llevar las cruces de nuestros hermanos.